

EXCELENTISIMO SR. ALCALDE,  
MIEMBROS DE LA CORPORACION MUNICIPAL,  
DIRECTIVA DE LA HERMANDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL FAVOR Y AYUDA,  
DIRECTIVA DE LA HERMANDAD DEL SANTISIMO CRISTO DE LA EXPIRACION,  
SEÑOR CURA-PÁRROCO,  
REINA DE LAS FIESTAS, DAMAS DE HONOR,  
VILLAESCUSEROS TODOS, DE NACIMIENTO O DE CORAZÓN,  
Señores y señoras,

Una de las primeras cosas que me enseñaron mis padres es que de bien nacidos es ser agradecidos, así que quisiera comenzar agradeciendo al señor alcalde, Cayetano Solana, y a todos los miembros de la corporación municipal la generosa invitación para estar aquí con vosotros esta noche.

Cuando amablemente Cayetano me ofreció ser la pregonera de las fiestas, tras la sorpresa y emoción inicial que supone tal encargo, le hice una pregunta retórica: *¿Qué día es el pregón?*

Y digo que la pregunta fue retórica porque cualquier villaescusero, aunque sea de adopción como es mi caso, conoce bien la respuesta. El 14 de agosto es el día que todos tenemos grabado en nuestra memoria por ser la víspera de la fiesta de la Virgen del Favor y Ayuda. La víspera tiene ese sabor a tradición para los mayores, lleva consigo ese revoloteo de mariposas en el estómago de los más jóvenes, de quienes llevan un año aguardando y saben que tiene por delante los mejores días del año.

El 14 de agosto es la cita anual de Villaescusa con su historia, con su familia y con sus amigos. Es, por encima de todo, un tiempo de reencuentro. Creo, por tanto, que no puede haber mayor honor y mayor distinción para mí que haber sido elegida para compartir con vosotros el inicio de este momento tan especial.

He tenido la suerte durante estas vacaciones de poder disfrutar de la lectura de todos los pregones que están recogidos en la web del Ayuntamiento de Villaescusa. Y sin ánimo de infravalorar el esfuerzo de mis predecesores, sino todo lo contrario, debo decir que Villaescusa es un pueblo que pone el trabajo fácil a sus pregoneros. Porque pocos pueblos hay en La Mancha, y me atrevería a decir en España, que encierren una historia tan rica y estimulante como la de Villaescusa.

Ni siquiera es necesario sumergirse en los libros de texto para encontrar qué tiene Villaescusa de especial. Basta con levantar la vista en mitad del pueblo y observar el Colegio Universitario o pequeños detalles como las gárgolas y los pináculos que adornan la Iglesia, que además contiene el mejor retablo de la provincia de Cuenca, para saber que estamos en un enclave privilegiado. Porque estamos tan acostumbrados a ver las gárgolas dentro de nuestro paisaje que muchas veces ni las miramos, pero no olvidemos que en París la gente se vuelve loca haciéndose fotos con las gárgolas de Notre Dame. Mi hermano Carlos, que trabaja como arquitecto en París y ha venido esta noche para acompañarnos en el pregón nos lo puede corroborar.

Por todo ello, me voy a permitir una pequeña licencia. Quisiera hacer esta noche una aproximación más personal hacia Villaescusa ya que fue el lugar donde di mis primeros pasos como farmacéutica y al que debo un bagaje profesional y personal que me acompañará durante toda mi vida.

El primer recuerdo que tengo de Villaescusa es de una tarde de verano de 1993. Yo tenía poco más de diez años y acompañé a mi padre a ver la farmacia de la que recientemente se había puesto al frente. La farmacia, supongo que la mayoría de vosotros la recordaréis, estaba situada en la calle San Pedro, la famosa calle en donde vieron la primera luz tantos obispos y en ella nos esperaba Josefa, que me recibió muy cariñosamente. La farmacia era bastante más pequeña que la actual, sin embargo había en ella un detalle que me fascinó: los medicamentos estaban guardados dentro de una cajonera que se desplazaba de forma lateral, en lugar de sobre las estanterías como yo estaba acostumbrada a ver en la farmacia de Belmonte que regentaba mi madre, María Ángeles.

Bajo mi mirada de niña de diez años, aquella cajonera de color calabaza me pareció modernísima y creo que al volver a Belmonte tuvieron que mandarme callar durante la cena porque no paraba de decir que la farmacia de Villaescusa era el último grito y por supuesto, mucho mejor que la de Belmonte. No podía imaginar que trece años más tarde sería yo la que moviera esas cajoneras que en aquel momento tanto me maravillaban.

El segundo recuerdo que tengo de Villaescusa es de poco después, con la misma edad al llegar las fiestas de septiembre. Volví a acompañar a mi padre pero esta vez para asistir a la procesión del Cristo de la Expiración acompañada por el Regimiento de Saboya número 6. Mientras mi padre me explicaba la historia, la solemnidad de aquel acto me pareció sobrecogedora. Nunca había estado en ningún evento igual y con el paso del tiempo he sabido que nunca lo estaré, ya que se trata de un acto singular y característico de esta localidad, que no existe en otro sitio en España.

Y no puedo dejar de mencionar entre mis recuerdos de verano de la infancia y adolescencia las visitas semanales en las que acompañaba a mi madre a Villaescusa, ya que ella era la inspectora de sanidad y tenía que supervisar el agua de la piscina. Recuerdo que cada vez que llegábamos a la piscina siempre había alguien que me decía: *¡Quédate aquí a pasar la tarde! ¡Que esta piscina es mejor que la de Belmonte!* Y aunque mi orgullo de belmonteña me impedía reconocerlo y nunca lo hice, hoy debo reconocer que no me hubiera importado nada.

Pasaron los años y en enero 2006, apenas medio año tras haber terminado la carrera, cogí el relevo de mi padre. Yo tenía 23 años y con la experiencia de seis meses trabajando en Belmonte y de algunos veranos echando una mano, llegué a Villaescusa. Una vez más, debo decir también que Villaescusa me lo puso fácil. En primer lugar contaba con Yoli, que era mi mano derecha, la izquierda, mis ojos, mis pies y lo que se terciara. Confieso, ahora que no nos oye nadie, que en aquel momento Yoli me parecía una persona mayor. Estaba casada, tenía dos hijos... así que supongo que yo a ella debí parecerle, lo me parece a mí hoy, que también estoy casada y tengo dos hijos, cualquier chica de 23 años: una pipirola. Ella me explicó muchas cosas que no se aprenden en la universidad ni en los libros de farmacología pero que eran tan importantes o más para trabajar en una farmacia:

- *Ojo con la fulana porque le gusta llevarse siempre las pastillas de la caja roja y no las de la caja verde.*
- *No te preocupes por mengano que aunque lo veas un poco gruñón él es así y es muy buena gente...*

- *Marián, a menganita háblale un poco más alto, que está sorda y la pobre no se entera nunca de lo que le dices.*

En definitiva, esas pequeñas cosas del día a día que son importantes cuando tratas con personas y que hacen el trabajo más humano.

Yoli me cuidó mucho durante los siete años que estuvimos juntas, hasta se preocupaba porque comiera los mejores tomates de la huerta, y es justo reconocer que también lo hizo su marido, Miguel Ángel. Ahora que tampoco nos oye nadie, tengo que agradecerle un secreto que me guarda y que nunca le he contado a mis padres.... aquella vez que me quedé sin gasoil al llegar a Villaescusa y le pedí que bajara a la gasolinera de Belmonte a por una garrafa. ¡Si me hubiera quedado tirada en la carretera habría salido en los papeles!

También me sentí muy bien acogida desde el principio por mis compañeras sanitarias, la médica Lourdes y la ATS Maribel. Recuerdo las “excursiones” al consultorio para que Lourdes arreglara algunas recetas y así evitar, entre nosotras, algún que otro viaje a los pacientes. También las llamadas telefónicas para ver si podíamos arreglar los absorbentes de incontinencia de fulano o mengano y evitarles también así un viaje a Cuenca. Y es que esta forma de trabajar, con el paciente en el centro del sistema, siendo el paciente lo verdaderamente importante y con entendimiento entre los profesionales sanitarios es algo de lo que más he echado de menos cuando he empezado a trabajar en localidades de mayor tamaño.

Desde las instituciones muchas veces se habla de “estrategias”, de “planes”... y se olvida lo esencial. Porque es cierto que quizá los pueblos pequeños como Villaescusa están dotados de menos recursos y menos infraestructuras que otros más grandes. Pero os puedo asegurar que todas esas infraestructuras y recursos no sirven para nada si detrás de ellos no hay profesionales comprometidos y las personas se convierten en un mero número. La cercanía y la calidez en el trato sanitario que se respira en pueblos como Villaescusa son el verdadero modelo a exportar.

Y es que entre los mejores recuerdos que guardo de todos los años en Villaescusa destaca quizá esa sencillez, la accesibilidad, la facilidad con la que podían realizarse las cosas más difíciles. Recuerdo las charlas para la asociación de mujeres, que tan buena acogida tenían pues siempre se llenaba la sala. La gran disposición de la junta directiva, el cariño de los asistentes, la paciencia con la que me escuchaban...

Ahora dar conferencias forma parte de mi actividad profesional. En el último año y medio he dado cerca de cuarenta por toda España sobre temas relacionados con la salud, la nutrición o las redes sociales. Pero siempre recordaré que la primera vez que hablé en público fue aquí, a pocos metros, en la Casa Grande y desde luego, puedo decir bien alto que nunca me han dado de merendar después tan bien como en las merendolas que se organizaban aquí después de las charlas. Como vais viendo, a mí por el estómago se me conquista fácilmente. Esa generosidad, esas ganas de compartir, trayendo cada una lo mejor de su casa y de sus fogones, ese cariño en la preparación de los detalles, son valores propios de la gente de Villaescusa que debemos esforzarnos por no perder.

Siete años como farmacéutica aquí dieron para mucho. Y en este caso a mí me dio incluso para escribir un libro. Un libro sobre anécdotas de farmacia cuyos protagonistas son en gran parte las gentes de Villaescusa. Porque como fruto de esa cercanía y esa proximidad que comentábamos también se da pie a numerosas situaciones inverosímiles.

No cabe duda de que los señores que ponen los nombres a las medicinas tienen muy mala idea... y por ello era normal que un villaescusero entrase en la farmacia pidiendo pastillas Manolis en lugar de Juanolas o una caja de Navidul en lugar de Denubil. Había alguno que se tomaba muy en serio sus gases pensando “a lo grande” y pedía Auto-Res en lugar de Aero-Red. Aunque “el más difícil todavía” llegaba cuando el paciente ni siquiera recordaba el nombre del medicamento y entrábamos en el capítulo de las descripciones, como en esta típica conversación:

- *Déme mis pastillas de la tensión.*
- *¿Cuáles son?*
- *No recuerdo el nombre, pero son blancas y redondas.*

¡Como si no hubiera más que unas pastillas blancas y redondas dentro de mis queridas cajoneras!

Merece mención aquella madrileña casada con un villaescusero que estaba pasando aquí el fin de semana y vino a pedir un termómetro empezado para tomar la temperatura a su hijo. Sí, un termómetro empezado para luego devolverlo, porque tenía muchos termómetros en su casa de Madrid y para un día que venía al pueblo no iba a gastarse el dinero en uno nuevo.

O aquella señora mayor hipertensa a la que el médico le había dicho que tenía que vigilar la sal en las comidas. La señora estuvo viniendo a la farmacia a diario con sus pucheros de garbanzos y lentejas para que probásemos la comida y obtener el veredicto sobre el nivel de sal.

Me quedo con una de mis anécdotas favoritas, la del señor que se comió un supositorio y al preguntarle por qué había hecho tal cosa contestó muy serio:

- *Porque en la caja ponía vía rectal, y la línea más recta es por la boca, ¿no?*

Entre estas anécdotas y otras recopiladas entre familia y amigos escribí un libro de más de trescientas páginas que tuve la suerte de poder presentar en la televisión y en más de sesenta programas de radio. El 99% de las veces los periodistas me hicieron la misma pregunta:

- *¿Pero las anécdotas del libro son reales?*

Yo siempre les contestaba lo mismo:

- *¿De verdad cree usted que tengo tanta imaginación como para inventarme esas trescientas páginas? Le invito a pasar unos días a mi pueblo... ¡La realidad siempre supera a la ficción!*

Pero aunque podría estar toda la noche compartiendo más anécdotas con vosotros, yo no he venido aquí a hablar de mi libro, sino de Villaescusa y de sus gentes. Quisiera ahora hacer un pequeño viaje en el tiempo. No viajaremos hacia la época de Luis Astrana Marín o del obispo Diego Ramírez de Villaescusa ya que son sobradamente conocidos por todos, y otros pregoneros han hablado elocuentemente de ellos. Nosotros sólo viajaremos cien años atrás descubriendo algunos datos curiosos para tener una panorámica de cómo era el día a día en Villaescusa y cómo vivían sus gentes a principios de siglo.

Cuando empecé a indagar entre papeles antiguos, en el censo electoral de Villaescusa de Haro de 1901, una de las primeras cosas que me llamó la atención que el villaescusero más “anciano del lugar” tuviera 79 años. Como curiosidad, se llamaba Sotero Mena Ruiz y vivía también en la calle San Pedro. Y lo digo entre comillas porque como prueba de que realmente hoy las

ciencias adelantan que es una barbaridad, ahora mismo en Villaescusa de Haro viven 33 hombres y 50 mujeres mayores de 80 años. Me van a disculpar que barra un poco para casa pero podríamos pensar que, tal vez, la simvastatina para el colesterol y el enalapril para la tensión, quizá tengan algo que ver en este aumento de la esperanza de vida. Bueno, siempre y cuando sean las pastillas de la caja roja, ya sabemos.

De los 129 villaescuseros registrados en el censo electoral, porque en aquella época sólo figuraban los varones mayores de 25 años, el 40% no sabía leer ni escribir. Aunque hoy nos parezca un porcentaje muy elevado, en realidad Villaescusa mejoraba mucho la media de analfabetismo de la población española que era del 56%. Y aunque negaré haber dicho esto, también mejoraba la media de los vecinos belmonteños, que era del 46%.

Como corresponde a cualquier pueblo manchego de la época, el campo ocupaba el grueso de la actividad profesional en Villaescusa con 67 labradores, 35 jornaleros y 8 pastores. Dentro de lo que podíamos denominar "sector servicios" había dos zapateros, un comerciante y un mesonero. Resultan llamativas varias profesiones (algunas ya desaparecidas) a las que también se dedicaban nuestros paisanos: había dos molineros, un mayordomo, un campanero y tres agentes. Los agentes eran intermediarios comerciales entre la producción del campo y los compradores.

También había dos carreteros, una profesión artesanal desaparecida en Castilla con la llegada de la mecanización de las tareas agrícolas. Pero sin duda el más curioso de los oficios podría parecer el de peatón. El peatón de Villaescusa de Haro era un señor de 47 años llamado Francisco Torralba Carrasco que vivía en la calle Llana. En realidad, tras una pequeña investigación descubrí que en el censo electoral por peatón se refería al oficio de peatón de correo. Era un oficio frecuente en pequeños núcleos urbanos a principios del siglo XX y sus tareas básicas eran la recogida de la correspondencia para su expedición y reparto a los barrios o fincas que tenía asignados. Solían hacerlo a pie, de ahí el nombre, y también a bicicleta.

En 1901 había sólo 14 calles en Villaescusa de Haro y aquí se hace notable el aumento de extensión y población ya que hoy el pueblo cuenta con 46 calles. De las 14 antiguas calles sólo 3 mantienen su nombre: son el núcleo formado por las paralelas Santa Lucía y San Pedro que se cortan por la calle San Marcos. En estas tres calles vivía aproximadamente la mitad de los habitantes del pueblo. El resto se concentraba principalmente en las calles de nombres que han sido sustituidos como la calle Llana, Peñas o Empedrada.

Perduran también, con buena lógica, algunos de los apellidos más populares de la época y que estoy segura de que les van a resultar muy familiares. En Villaescusa había entonces 12 hombres apellidados Lopezosa, 10 Martínez, 7 Mena, 7 Millán, 4 Arjona o 3 Cañavate.

Aunque en el año 1901 el nombre de Francisco ganaba por goleada con doce censados, le seguía de cerca Julián muy probablemente por ser el patrón de la provincia de Cuenca. Juan y José tampoco andaban a la zaga con siete censados cada uno. Hoy en día, ni Francisco, ni Juan ni José se cuelan en el top ten de los nombres más puestos en Cuenca. Como curiosidad, el nombre más puesto en Castilla La Mancha en 2015 ha sido Hugo, seguido de Daniel y Alejandro. Para las niñas hoy en día el clásico María sí sigue siendo imbatible, seguido por Lucía y Paula.

Más complicado sería que hoy perdurasen algunos de los nombres que se encuentran en el censo de 1901. Había villaescuseros llamados Melitón, Fausto, Toribio, Servando o Evangelista. Y todavía hay nombres más singulares en el censo como Eustasio, Sotero,

Sinforoso o Fructuoso. Quién sabe si con el ir y venir de las modas, alguno de estos nombres volverá a ser tendencia en Villaescusa en el futuro.

Como les decía al comenzar el pregón, mis padres me enseñaron que de bien nacidos es ser agradecidos y quisiera terminar dando las gracias al pueblo de Villaescusa por haberme hecho sentir siempre como en mi propia casa y por haberme ayudado, sin saberlo, a dar el salto hacia otros derroteros profesionales.

Me explico: Un día, mientras estaba en la farmacia mirando a través del escaparate, me di cuenta de que por delante de la farmacia podían pasar un máximo de 600 personas. Quizá 1000 en un día grande como hoy por ser las fiestas. Entonces entré en el despacho, vi el ordenador y me di cuenta que mediante Internet y las redes sociales tenía la posibilidad de abrir una página web y llegar a mucha más gente. Podría aprovechar mi experiencia en la farmacia y montar un “escaparate virtual” para intentar que el consejo que yo daba en el mostrador de Villaescusa de Haro pudiera llegar también a personas que se encontraran en algún otro lugar del mundo. De este modo, quizá podría ganarle alguna batalla al famoso Dr. Google.

Así lo hice. Sin pensármelo demasiado (porque si lo hubiera pensado todavía estaría dudando) abrí un blog que tres años después recibe cerca del medio millón de visitas mensuales. Pero lo importante no son los números sino lo que significan. En este mundo en el que todos consultamos en Internet por nuestras dolencias o por las de nuestros familiares, encontrando por lo general muchas respuestas sin evidencia científica, cada una de las personas que entran en el blog se lleva un consejo sobre salud escrito por un profesional sanitario, con todo el rigor correspondiente.

Ahora, cada vez que me preguntan por qué empecé el blog cuento esta historia. Porque la gente piensa que los proyectos en Internet se gestan en parques empresariales dentro de oficinas de diseño dotadas con los últimos avances tecnológicos. Pero yo sé que se puede construir un proyecto desde la rebotica de un pueblo de 500 habitantes. Y con las cajoneras, color calabaza, de 1990 de fondo.

Porque el mundo está cambiando. Porque Internet nos abre la puerta a un mundo de posibilidades que antes no podíamos imaginar y porque precisamente en los pueblos más pequeños donde la vida lleva un ritmo más tranquilo y sosegado, tenemos cierta ventaja para aprovecharnos de ello.

Quiero dedicar mis últimas palabras a los jóvenes representados por las bellísimas Reina Arianna y Damas de Honor de las fiestas. Sabed que ser de Villaescusa de Haro es un orgullo, pero no sólo por pertenecer a un pueblo con historia sino también a un pueblo con futuro. El listón que nos han marcado nuestros antepasados está muy alto, pero no me cabe duda de que con vuestro esfuerzo, aprovechando el mayor acceso al conocimiento actual y, esto es muy importante, sabiendo apoyaros en la experiencia de vuestros mayores, podréis conseguir cualquier cosa que os propongáis.

Os deseo a todos unas muy felices fiestas. Y, como farmacéutica que soy me vais a permitir un pequeño consejo... disfrutadlas con moderación.

Muchas gracias.

¡VIVA LA VIRGEN DEL FAVOR Y AYUDA!

¡VIVA EL SANTÍSIMO CRISTO DE LA EXPIRACIÓN!

¡VIVA VILLAESCUSA DE HARO Y VIVAN SUS GENTES!